

cuando la tempestad era tremenda, cuando la persecucion era tan cruel como universal, cuando aquel dignísimo Arzobispo fué desterrado para no volver á ver á su amada grey, el magnánimo Simon zelaba por la casa del Señor, y vindicaba en incruentas batallas la gloria de los santos de Israel, mientras su hermano cargado de cadenas en Ptolemaida era víctima de la alevosía de Trifón. ¡Cuánto se suavisaba el cautiverio al segundo de los maccabeos, qué ligeras sentia sus cadenas, cuando recordaba que un hermano suyo quedaba á la cabeza de los escuadrones del Señor. No fué mas digno Jonatás que Simon su hermano: la condicion del primero en Ptolemaida fué la del segundo en el Castillo de Doch: ni el Sr. Munguía fué mas benemérito de la Cruz expatriado á Europa, que el Sr. Camacho desterrado á la Isla de los Caballos. El huracan no azota la yerba rastrera, ceba su furor impetuoso en las robustas encinas: los fuertes torreones, no los empedrados de las calles, vienen á ser el blanco de la artillería en una ciudad sitiada. Era muy grande el Sr. Camacho, para que no tuviera consagrada una página á su nombre la historia de nuestras persecuciones.

A la vez que los Ilmos. Arzobispos y Obispos de México perseguidos, apedreados y expatriados eran arrancados del seno de sus Iglesias, tambien el Sr. Camacho era cruelmente maltratado por la soldadesca furiosa é inhumana. Los tremendos combates contra la inmaculada Esposa del Cordero, han sido diversos segun los tiempos y lugares: multiplicados sin fin los artificios y las formas de que se reviste el maligno espíritu; pero el motivo y fin siempre ha sido y será el mismo en todos los siglos. Así como el espíritu que siempre le ha resistido, y siem-

pre vencido, ha sido y eternamente será uno. Una la fé, uno el bautismo, un Dios y Padre de todos, en todos y sobre todas las cosas. Una la lucha, uno el combate, la victoria una, uno el triunfo, una la gloria. Lucha y vence Abel contra el espíritu de envidia en las cercanías del Edén: Jacob en Seir contra los furores de Esaú su hermano: Moisés en Egipto contra la obstinada rebeldía de los Faraones: David contra el Filisteo en el valle del Terebinto: Elías en el Carmelo, triunfa del espíritu de idolatría personificado en mas de cuatrocientos profetas de Baal. En la era cristiana, mártires sin número combaten durante tres siglos, hasta que el furor pagano rendido, confiesa su impotencia contra la Verdad crucificada en el Gólgota por la nacion deicida. A los tiranos vencidos por la constancia de sus víctimas reemplazan en la lid los heresiarcas. S. Atanasio derriba al Goliath del cuarto siglo; el Crisóstomo, muriendo desterrado en la remota Armenia, triunfa de la escandalosa emperatriz de Constantinopla; el sublime Doctor de Hipona confunde á los Maniqueos, Donatistas y Pelagianos; S. Cirilo de Alejandría hace enmudecer al blasfemo Nestorio; S. Gregorio VII doma en el siglo undécimo al insolente Enrique IV. En época posterior los ínclitos hijos de S. Ignacio reciben del cielo y cumplen la mision divina de resistir la infernal anarquía que personifican Lutero y Enrique VIII. En el siglo pasado el clero católico sobrevive á la matanza provocada por el racionalismo de Voltaire. Pío VI se reviste con la claridad de la aurora de nuestro siglo, pronunciando el "Non possumus" que confunde la arrogancia de Bonaparte; y el inmortal Pío IX repitiéndolo en nuestros aciagos dias, vió desaparecer al pié de la roca que afirma el solio de los papas, las oleadas del furor

liberal, que sin ejemplo en los siglos de atras ha combatido al espíritu del Crucificado. Sí, el liberalismo intentó corromper el espíritu, no determinado artículo de la Fé. Ha sido el elixir de los venenos esparcidos en todas las edades del mundo: la forma unîversal del mal, que en su unidad contiene eminentemente la malignidad de todos los errores: el mal que, si posible fuera el absurdo, habria llegado á ser infinito. ¡Qué sublimidad de alma se ha menester para superar al malhadado espíritu del liberalismo! El Dr. Camacho lucha contra él y le vence en la Archidiócesis de Michoacan. Si pues, su combate es el mismo que el de los justos, el triunfo es el mismo, y una misma la gloria. Señores: no es la grandeza de nuestro Ilustre Obispo la que me asombra: es lo grande de su grandeza misma. El título de Ilustrísimo le es un renombre merecido, aunque no hubiera sido consagrado obispo.

Ennoblecido, por sus victorias, ya vuelve el Ilustre proscrito, no de la Isla de los Caballos, sino de San Luis Potosí donde la Providencia le detuvo, porque no quiso que muriera: estaba destinado á una mision aún mas brillante. Fija su residencia en Celaya por Junio de cincuenta y nueve, no para recostarse bajo la sombra de los laureles que ceñian su frente, sino para formar nuevos escuadrones que militen bajo los pabellones de la Cruz. El estado de las cosas, en medio de la persecucion que aún no mitigaba su crueldad, hacia imposible el Seminario en Morelia; y el Sr. Camacho, en Agosto, es decir á los dos meses de haber llegado á Celaya, inaugura un Clerical que en cuatro años presenta al servicio de aquella Iglesia mas de cincuenta ministros. En Abril de sesenta y cuatro vuelve á Morelia como San Ata-

nasio á Alejandria, como el Crisóstomo á Constantinopla, como Pio Magno á Roma. En el año siguiente asciende á Dignidad de aquella santa Iglesia: y en Abril de sesenta y seis, siendo Provisor, se encarga por última vez del gobierno del Arzobispado, hasta el tres de Julio de sesenta y nueve, víspera de su consagracion Episcopal. "Exultavit ut gigas ad currendam viam."

¡Qué pasos tan gigantescos! ¡Qué celeridad la de su alma! Recorre su camino como la aurora que majestuosa se levanta, elegida como el Sol, hermosa como la Luna, terrible como un escuadron en órden de batalla! A esta alma veia el Espíritu Divino, cuando mirándola exclamó: "Sicut aurora consurgens." (1) Registrad los comentarios de los expositores sagrados, teniendo á la vista el alma ilustre que contemplamos, y entonces vereis lo adecuado de mi aplicacion.

Recibe en el año precitado las bulas del Soberano Pontífice, que le erian segundo Obispo de la siempre afortunada Diócesis de Querétaro. Pero, cosa extraordinaria! el varon de Dios renuncia. ¡Qué pasa? ¡Quién me explicará este hecho? ¡Qué espíritu guió á este justo que así resiste á la voz del Vicario de Jesu-Cristo?

Abrid, Señores, los libros santos: quiere el Salvador descender en persona á la casa del Centurion para llenarle de salud, y este no acepta el favor diciendo: "Domine non sum dignus." (2) En las riberas de Genesaret le anuncia Jesus á Pedro que le va á hacer pescador de hombres, y el Apóstol replica: Retírate de mí, Señor. Intenta el Maestro divino lavar los pies á sus discípulos; y mientras los demas, confundidos se rinden, llegando á Pe-

(1) Cant. VI. v. 9.

(2) Matth. c. VIII. v. 8.

dro, tiene la Omnipotencia que luchar hasta tocar los extremos, para vencer la humildad del escogido por el Padre, para ser nada menos que el Príncipe de todos. Jesu-Cristo mismo, siendo que no ha venido sino para hacer y enseñarnos á hacer la voluntad de su Padre, sudando sangre que empapa la tierra, al peso de su aflicción, levanta hasta el Cielo, con sus ojos, la voz de su clamor: "Pater si possibile est transeat á me calix iste" (1) Padre, yo desearia que no quisierais exigir de mí este sacrificio.

El augusto Pío IX extiende el brazo de su poder para levantar al humilde Doctor al Sólido Pontificio; y este replica: retírate de mí que no soy capaz de soportar tanta dignidad. Suplica como Cornelio que el espíritu Divino no descienda á llenar su alma con la plenitud del Sacerdocio. Ruega, como lo enseñó á rogar el Cordero de Dios, que si es posible, Dios no quiera que él sea Obispo. El Sr. Camacho renuncia el Episcopado, Señores, pero jamas resistia á hacer la voluntad divina. Declina su cabeza de la mitra; pero á la voluntad de Dios la inclina: retira de su persona el cetro pastoral con que el Pontífice soberano le constituye Príncipe; pero luego que el Papa le da á entender que por su orden Dios se lo manda, toma al instante el báculo con entrambas manos, le besa derramando lágrimas, lo estrecha sobre su corazón, y, ya mitrado, exclama en la efusión de su alma: Señor, todo soy tuyo, todo soy ya en tus soberanas manos.

El Sol de 4 de Julio de mil ochocientos sesenta y nueve, era el ab eterno señalado para ver la solemnidad del acto en que el Ilmo. y Rmo. Arzobispo Dr. D. Ignacio Arciga derramara sobre la cabeza del electo el sagrado óleo. Ya el Dr. D. Ramon Camacho está consagrado se-

(1) Matth. ca. XXVI. v. 39.

gundo Obispo de Querétaro. Los Angeles de paz han vuelto á ver otro acto de rendimiento y humillacion suprema en el espíritu de este Pontífice singular, semejante al que vieran cuando el Verbo hecho carne exclamó: "Ecce venio ut faciam voluntatem tuam." (1) Ya entonan sobre el solio del nuevo Pontífice el mismo himno que entonaron festivos sobre los riscos de la gruta de Belen: "Gloria in excelsis." Los querubines absortos contemplan otro sacrificio semejante al que el hombre Dios ofreció una noche entre las sombras de un olivar, y consumó en el Gólgota suspendido en una cruz entre los cielos que conquistaba, y la tierra que deja bañada con su sangre: "Verumtamen non mea voluntas sed tua fiat." (2) "In manus tuas commendo Spiritum meum." (3) Los Serafines, fuego purísimo, los mas inmediatos á la infinita Hoguera, reciban entre sus coros esta llama seráfica que ya, ya se identifica con el amor divino.

¿Podiais creer, Señores, que la soberbia ambicion arrastrada hasta el abismo por el ciego furor de elevarse una línea sobre sus hermanos, que atropella las leyes, que derrama sangre, que incendia pueblos, que destruye al mundo, no es comparable con la firme resistencia que el espíritu humilde opone á los honores? Vosotros entendéis muy bien que el ambicioso en su orgullo no es tan ávido de honor, como el justo en su humildad, lo teme. Y si vosotros conoceis otro sacrificio mayor ú otra perfeccion mas alta, que perfeccione mas, y mas eleve á una alma que la abnegacion total de sí misma, decidmelo; que el Papa San Gregorio Magno no señala otra mayor.

(1) Heb. c. X. v. 9.

(2) Matth. cap. XXVI. v. 39.

(3) Luc. c. XXIII. v. 46.

«Minus quippe est abnegare quod habet: valde multum est abnegare quod est.» Y lo mismo es vaciarse el alma del yo, que quedar llena de Dios: abnegarse á su propio entendimiento y voluntad, que ya no entender ni querer sino lo que Dios mismo entiende y quiere. «Yo vivo, exclama con el Apóstol el nuevo Obispo, mas no soy yo el que vivo, sino Cristo vive en mí.» (1) A tanta altura se habia elevado ya en su consagracion nuestro Ilmo. Obispo, subiendo con pasos gigantescos la inmensa escala de las virtudes.

En efecto, desde que el pequeño Samuel quiere ser contado entre los hijos de Leví por la primera tonsura, explica en el hábito negro que viste, que ya está de acuerdo en morir para la tierra una alma, que no nació sino para el cielo: en la blanca sobrepelliz que reviste, que no estima otro ornato, sino el de la gracia cándida de los justos, en la corona que lleva sobre su cabeza, que ha vencido al mundo, y por esto en los cabellos de que se despoja, significa el desprecio de todo lo que no sea el Dios, á quien, Subdiácono consagra su cuerpo con un voto de castidad perpetua. Parece que hasta entonces conservaba algun derecho en su alma; pero, «Exultavit ut gigas ad currendam viam.» Recibe el órden sagrado del Diaconado, es consagrado Presbítero, y ese anciano de veinte y tres años, antes de los treinta es Párroco, antes Licenciado, luego Doctor: Exultavit ut gigas; Magistral, Dignidad, Provisor y Vicario General, Gobernador de la Mitra. Exultavit ut gigas ad currendam viam. ¿Quién se atreverá á seguirte en las ascenciones que tiene dispuestas tu corazon? «Ascentiones disposuit in corde

(1) S. Pabl. ad Gal. c. II. v. 20.

suo.» ¿Quién lo duda? La plenitud del Sacerdocio fué para el Sr. Camacho la plenitud de la perfeccion.

Cuando no lo esperaba nuestra ciudad Episcopal, sabe que ya su Obispo está en ella. ¡Cómo llama la atencion de la grey la dulce sorpresa de oír que ya su Pastor está en el redil! Luego comienza á sentirse la influencia mansa, suave, vivificante y dulce del Espíritu de Dios que reboza el justo. Los fieles de esta Iglesia feliz, repiten en silencio con una santa alegría: ¡Hosanna á Dios en las alturas! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! y bien pudiera decirse, que alternaban con los Angeles desde el fondo de su corazon, el Salmo cuarenta y cuatro para celebrar las bodas de este Príncipe de paz, con esta Iglesia su amada Esposa.

Eres hermoso, prorumpen entonando el cántico de amor, por la forma de tu espíritu sobre los hijos de los hombres: tus lábios difunden gracia, porque Dios te ha colmado de bendiciones eternas. Potentísimo, ciñe tu espada sobre tu muslo: tu magestad y tu hermosura bastan para que domines. Prospera, avanza y reina, con sola tu verdad, mansedumbre y justicia: en tus empresas saldrás prodigiosamente por sola la fuerza de tu brazo. Tus palabras, como saetas agudas, traspasarán el corazon de tus enemigos: los pueblos se te rendirán. Tu sólio oh Dios (Dios en el espíritu y en la potestad) será eterno. El cetro de tu gobierno, es el cetro de la rectitud que nadie arrancará de la mano de Dios, ni de la tuya. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad del modo tan singular que te distingue; por esto te ungió Dios, el Dios tuyo con el óleo de abundante paz, con preferencia á tus compañeros. Tu alma adornada de virtudes, como de vestidos perfumados y guardados en

cofre de marfil, atraerán á cuantos perciben la fragancia de la mirra, del áloe y del ámbar. Las almas regias, señoras de sí mismas harán tu guardia de honor. Mas la Reina, tu Esposa, esta Iglesia Esposa del Cordero, estará á tu derecha revestida con la brillantez del oro, en que se esmaltan las mil y mil joyas que la adornan.

Señores: ¿No os parece que ese epitalamio es el original, y las nupcias del Ilmo. Dr. D. Ramon Camacho con la Iglesia de Querétaro, son la copia perfecta de aquellos esposos que celebran el Cantar de los Cantares? ¡Bienaventurada Querétaro á quien la Providencia le consagró un Pastor tan grande!

En cuanto á lo que hizo y dijo el inmortal Pontífice viviendo entre nosotros, podeis dar vosotros un testimonio mejor que el que yo pudiera. De los frutos tan superiores, de su sabiduría, y de su caridad, es testigo vuestro espíritu, testigo tambien vuestro corazon agradecido. ¿Qué decís de vuestro bienhechor, vosotras familias huérfanas, afligidas viudas, tantas y tantas personas angustiadas por diferentes penas? Decidme: ¿á cuántos daba el pan? ¿á cuántos la habitacion? ¿á cuántas víctimas salvó de la miseria y aún de la deshonra? ¿Qué decís vosotros, pobres favorecidos por la conferencia de San Vicente de Paul? ¿cuánto os valia su influjo y sus limosnas? ¿Qué decís vosotras Señoras de la caridad? ¡Ah! no me consterneis viendoos llorar. Vosotras que como Angeles de Dios en la tierra, estais cerca del que sufre para remediar sus males: vosotras, que sacrificais la quietud del hogar: que multiplicais los trabajos de casa, y exponeis el decoro de vuestro sexo, por buscar el remedio, que si no encontráis, buscáis alivio que menos, á las miserias ajenas, olvidan-

do las propias: que teneis por instituto dar, y dar á tal extremo, que si no teneis, pedis para dar lo mismo que pedis; á diferencia de otras asociaciones ó sociedades, producto de la Tierra, barnizadas con un título que les da un aire de fisonomía religiosa, que no saben dar sino medrar. Vosotras, Señoras de la verdadera caridad, ¡cuánta ternura, cuanta afabilidad, cuanto aprecio y distinciones le merecisteis! Explicadnos cómo el fuego de su corazon avivaba el de los vuestros. Decidnos, cómo su abnegacion era el modelo de vuestro desprendimiento. ¿Recordais sus pláticas, cuando presidia vuestras juntas? ¿Conserváis sus palabras? ¿Cuánto aprendisteis de la actividad, discrecion y prudencia de su zelo? Decid á esos vuestros pobres que cuanto faltaba cada mes para su sustento y medicinas, el Sr. Obispo lo daba, fuera la cantidad que fuera, sin señalaros nunca taza. Que esos niños y niñas de las escuelas católicas, traigan una blanca flor rociada con las perlas de su llanto, y las coloquen de una en una, hasta que quede cubierto el fondo negro de ese catafalco.

En la visita Pastoral. ¡Qué recuerdos no dejó de su fortaleza y zelo! Me refirió un Religioso muy ejemplar y hecho á las prácticas de su profesion apostólica, algo de lo mucho que él, tuvo ocasion de admirar los pocos dias que acompañó á aquel *Santo Varon*, como él le llamaba: Yo le ví, me decia ahogándosele la garganta con lágrimas y sollozos de consternacion, yo le ví, repetia, señalándome las soberbias pendientes que cercan la Mision de Bucareli, y sus veredas de roca estéril, en medio de dos abismos, yo ví al Santo Varon, bajar á pié por esas cuestas, lívido, sudando á mares, paso á paso, apoyándose en un báculo rústico, casi desfallecer. Los Eclesiásticos y yo, que le

acompañábamos, cómo sufrimos pareciéndonos que á poco se nos moria; pero qué alma la de aquel Santo Varon! ¡Gracias á Dios, gracias á Dios, que le dió fuerza, como yo con lágrimas se lo venia pidiendo en pos de él, á la Santísima Virgen con todo mi corazon lleno de angustia! No obstante aquella mortal fatiga, ¡cómo conservaba la serenidad y majestad de su rostro! La fuerza de su ánimo era muy superior á la postracion de sus miembros. Nadie, nadie creia que viniera á visitarme; pero, gracias á Dios, la Virgen me lo trajo: aquí estuvo el Santo. . . . Y continuaba su relacion y accion de gracias, que alternaba con miradas al cielo inundados sus ojos y bañadas sus mejillas con dulce llanto. (Me enseñaron á medio camino el jacalito de zollate donde el Apóstol de Querétaro se recostó sobre una estera y tomó una taza de té para recobrar las fuerzas y seguir caminando.)

¿Y qué nos dirian si á su vez todos los Párrocos y cada uno de los Eclesiásticos, que administran los Sacramentos, nos manifestaran las prendas de admiracion, gratitud, respeto y amor que tienen depositadas en su corazon? ¿Qué, si con su lenguaje imponente, la infinidad de crestas de esa sierra, nos dijieran cómo se sentian santificadas, al cruzarlas el humildísimo Obispo, cubiertas sus plantas con el calzado indígena? Y á propósito de su humildad, ¿Qué diré de su pobreza voluntaria? ¿De su desprendimiento absoluto? Era un prodigio, vosotros lo teneis bien visto. Siempre elegia para su persona, para sus usos y servicios, no diré lo mas modesto, sino lo peor: dígalo su trage interior de algodón, de tela ordinaria tegida *ad hoc* en uno de nuestros talleres: los cubiertos de su mesa, la pintura de su sala, la tarima de su cama, los asientos de tule, su calzado tan comun. Su abs-

tinencia: ¡Qué alimentacion tan frugal, tan sencilla, medida y ordinaria! Creo que nadie vió jamas sobre su mesa el vino. Su mansedumbre: virtud costosísima, conseguida sin duda al precio de grandes vencimientos, para aquel su carácter tan naturalmente vigoroso y enérgico. ¡Hasta que ví al justo como David lo pinta; trayendo su alma en sus manos. Entre el sinúmero de casos que pudiera citar, referiré uno, que elijo por tratarse de persona que de ningun modo puede lastimarse. Le ví y le oí reprender á un hijo insolentado contra la madre, que quejándose con el Sr. Obispo, le rogó que se lo reprendiera. El cuadro era formidable: yo no era el reprendido y sentia hundirme. Su voz era de trueno: sus miradas centellantes: los movimientos de su brazo indignado, me parecian las amenazas de un rayo aterrador. La primera vez que le ví, no creí que pudiera llegar á enojarse tanto. Siempre habia estimado de difícil ejecucion el consejo del Espíritu Santo: "Enójate, y no quieras pecar" hasta que lo ví ejecutar, lo entendí practicable. Ví de bulto la utilidad de las grandes pasiones para el bien, en una alma que las ha domado al imperio de la razon. El Sr. Camacho se enojaba, como y cuando queria; acto continuo, quedaba tan pacífico y tan festivo como de ordinario, llamando la atencion tan instantáneo y prodigioso contraste. ¡Cuánto me edificaba! Me parecia, admirándole tan señor de sí mismo, que veia al árbitro de la naturaleza, que con igual facilidad suscita y aplaca la tempestad: á Jesus caminando majestuoso sobre las ondas, y que con una palabra aquieta el agitado mar de Galilea. Otra vez, entre varias, le ví indignado y pudiera decir, devorado por el zelo de la casa de Dios, y me pareció estar en el Templo de Jerusalem, presenciando, ater-